

Corolarios arquitectónicos

Segregación espacial y social en las ciudades chilenas en el contexto de una cultura de frontera

JAIME GARCÍA MOLINA

Arquitecto, Director Departamento de Urbanismo. Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía, Universidad de Concepción, Chile

RESUMEN

El proceso de segregación espacial, económica y social que experimentan las grandes ciudades chilenas comienza a mostrar la influencia de un componente cultural característico de algunos estratos de su población. Las raíces atávicas remotas de esta situación reaparecen fantasmales ante circunstancias particulares de orden espacial y social, llegando a desencadenar, a partir de la recuperación de la democracia, procesos de creciente descontrol social.

Palabras clave: Chile, urbanismo, segregación espacial, segregación social, desorden público, identidad cultural.

EVOLUCIÓN DE LA SEGREGACIÓN URBANA

Los procesos de segregación espacial, económica y social y su efecto perverso sobre la cohesión del cuerpo social y la cultura son problemas de larga data en las grandes ciudades chilenas. Desde la Colonia se advirtió en la capital la división que separaba la «ciudad oficial» de la «popular»: al norte del río Mapocho grupos mestizos pobres que desarrollaban actividades irregulares; al sur la ciudad formal, normada, en damero, con edificios públicos, servicios y viviendas de familias de estirpe y de sus servidores.

El desarrollo de las ciudades chilenas fue lento durante el período colonial por la escasa población europea y las circunstancias históricas a las que aludiremos. Con la República, en el siglo XIX, la población creció y las ciudades desarrollaron barrios de alto nivel y barrios pobres claramente diferenciados. Inicialmente los barrios elitistas se lo-

calizaron en los centros representativos y los pobres, en la periferia. El surgimiento a mediados del siglo XX de clases medias acomodadas inició una paulatina emigración hacia suburbios con mejores condiciones ambientales. En la capital las elites emigraron al pie de monte cordillerano, generando una creciente segregación espacial con consecuencias sociales significativas, en un proceso que continúa. Tanto en Santiago como en otras ciudades, las elites y grupos medios definieron zonas espacial y morfológicamente identificables que, con el tiempo, el automóvil contribuiría a alejar. En efecto, el aumento de la motorización apartó a las elites del centro tradicional permitiendo patrones de dispersión en áreas apartadas y exclusivas. En algunos casos las antiguas localizaciones oligárquicas dieron lugar a procesos de tugurización.

Más allá de los esfuerzos redistributivos de los gobiernos del siglo XX, desarrollados a través de la asistencialidad y/o construcción de importantes obras de bien común y equipamientos urbanos, fue inevitable la concentración de riqueza y de inversiones públicas y privadas en sectores de mejores niveles de ingreso¹. Ya desde 1950 fue perceptible, sobre todo en la capital, una especie de trizamiento social afectando desde la calidad de la edificación a los equipamientos públicos y privados, la educación, el espacio público, los sistemas de transporte y en síntesis, a la calidad del espacio, la vida y las oportunidades de las personas. Fenómeno que la adopción del sistema de mercado, desde los años 80, no ha hecho más que confirmar. Los críticos del neoliberalismo postulan que ha generado ciudades económicamente diferenciadas, coexistentes en un mismo espacio, con dinámicas diferentes y pocos puntos de encuentro.

El impacto del desarrollo económico de los últimos veinticinco años y la influencia niveladora de la tecnología ha puesto al alcance de gran número de chilenos bienes como la televisión en color, refrigeradores, lavadoras, teléfonos celulares, computadores personales y automóviles. Subsiste, empero, una brecha cultural, económica y espacial de gran impacto social. La cuestión se hizo evidente hacia 1990, cuando aparecieron los primeros centros comerciales tipo «Mall» en los barrios de niveles medios-altos [Fig. 1]. Se observó entonces un fenómeno interesante: por el atractivo de esos *conjuntos de variedad*², las familias de estratos bajos, que no visitaban los «barrios buenos», viajaron a conocer los *centros comerciales*, ver-

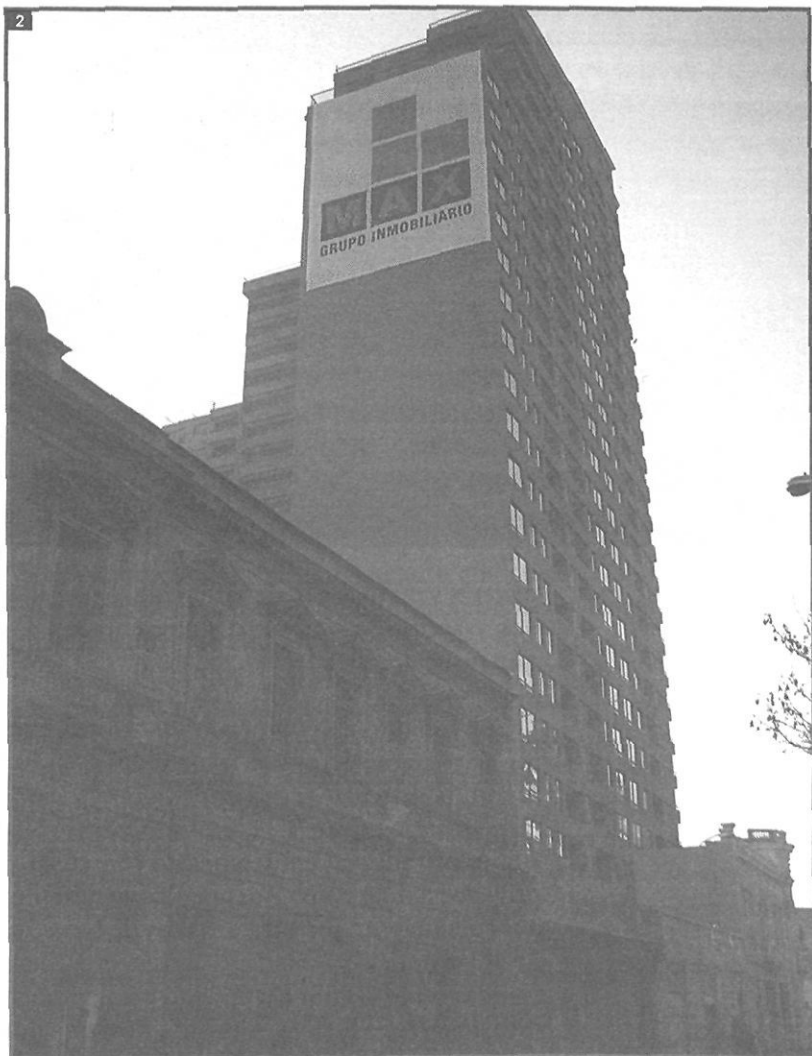


daderas ventanas a lo desconocido. Se les identificaba por sus atuendos y actitud asombrada: representaban a «la otra ciudad» con la que no se convivía.

Con los años el fenómeno desapareció. Por una parte el cambio de los patrones de actividad favorecidos por el modelo neoliberal incrementó la actividad y por ende la interacción entre personas de diferente condición social. Por otra, se desarrollaron importantes inversiones privadas en equipamiento comercial y en servicios públicos y privados a todo nivel. Además, los agentes inmobiliarios comenzaron a incursionar en sectores urbanos de bajos valores de suelo, realizando inversiones orientadas a satisfacer la demanda potencial por viviendas generada por el aumento del ingreso y el acceso a líneas de crédito de tasas reducidas. Con ello revalorizaron el suelo para negocios

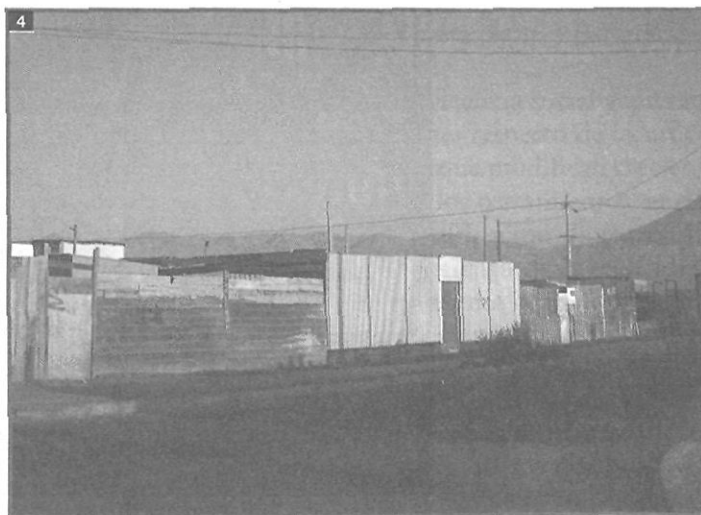
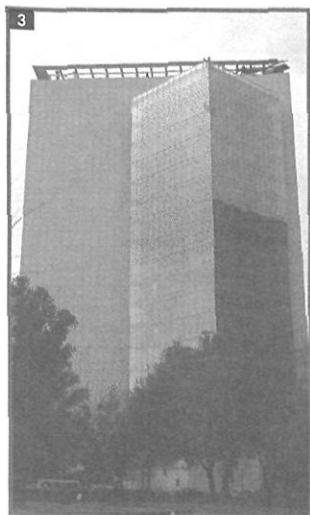
futuros [Fig. 2]. Apareció así un nuevo modelo de barrios cerrados o condominios que con diversas expresiones físicas y organizativas comenzaron a multiplicarse, influyendo en la expresión física de la segregación.

La interpretación predominante de los investigadores de la segregación social y espacial en las grandes ciudades latinoamericanas, y en especial en el caso chileno, es que ésta debe de estar aumentando por-



que las desigualdades sociales se han incrementado desde las reformas económicas neoliberales y la globalización por la apertura al mundo. Por lo menos desde el punto de vista de los diferenciales de ingreso, las distancias se han acentuado significativa y sostenidamente, todo ello sin contar con que llevan aparejada una cada vez mayor desigualdad de oportunidades³. Sin embargo, en materia de segregación geográfica, algunas ciudades podrían estar siguiendo un patrón diferente al de la radicalidad espacial, por la mencionada aparición planificada o espontánea de barrios de calidad media diseminados por la trama. El proceso equivale a un cambio marginal pero significativo en el modelo y escala del crecimiento urbano. En cierto modo implica una evolución de la fórmula anterior de segregación social y económica de escala global, que comienza a verse sustituida por una segregación en escala espacial más reducida⁴. El proceso ha sido materia de una multiplicación de investigaciones desarrolladas por académicos y universidades en los últimos años⁵ [Figs. 3 y 4].

Sin embargo, más allá de estas consideraciones, parece pertinente desarrollar una perspectiva de alguna manera diferente del problema de la segregación espacial y social de las ciudades chilenas. Para hacerlo es necesario mencionar algunos hechos recientes, que aunque tienen relación con el problema de la segregación espacial y social, también tienen una raíz cultural profunda cuyo reconocimiento es el objetivo de este trabajo.



ALGUNAS SEÑALES DE ADVERTENCIA

Desde antes de la adopción del modelo económico neoliberal, sobre todo a partir de las crisis políticas y económico-financieras experimentadas por Chile en los años 70 y 80, han venido sucediéndose crecientes episodios de desorden público desencadenados con cualquier pretexto. A ello se agrega un creciente desarrollo del delito en su expresión común y la nueva figura del tráfico de drogas, con todas las connotaciones de degradación y violencia social que trae aparejado⁶.

Al principio, las manifestaciones y el desorden público pudieron atribuirse al enfrentamiento político ideológico de los años 70 o a una resistencia al régimen militar en los 80. Pero a medida que se ha venido produciendo la recuperación de la democracia y las libertades públicas en los años 90, se debe pensar el fenómeno de manera diferente. Se protesta y producen asonadas públicas con motivo de conmemoraciones conflictivas, huelgas y paros gremiales o estudiantiles, partidos de fútbol a la salida de los estadios, eventos artísticos o fiestas masivas, problemas con el transporte público, etc. Así, frecuentemente asistimos a desórdenes que terminan en pillaje dondequiera que haya espacio público o privado o se dé la oportunidad, sobrepasando a la autoridad y generando daños considerables a la propiedad fiscal y privada [Fig. 5].



6 EXCLUSIVAS CASAS Y DOBLE SEGURIDAD
ACCESO PRINCIPAL CONTROLADO LAS 24 HRS. • ACCESOS INTERIORES AUTOMÁTICOS

SANTUARIO Los Dominicos
EL BARRIO PRIVADO EN LOS DOMINICOS

Foto Model: Inglés Foto Model: Mediterráneo

196 A 226 M² AMPLIABLES A 290 M²

AV. SAN CARLOS DE APOQUINDO 2878 FONO VENTAS: 214 31 41
santuario@imsa.cl www.imsa.cl

Sábado y Domingo de 11:00 a 19:30 hrs.
Lunes a Viernes de 11:00 a 14:00 hrs.
y de 16:00 a 19:00 hrs.

Visite Pilotos

CONSTRUYE **IMSA**

LAS IMÁGENES Y FOTOGRAFÍAS SON REFERENCIALES Y NO CONSTITUYEN NECESARIAMENTE UNA REPRESENTACIÓN DE LA REALIDAD

Por su parte, el delito ha crecido exponencialmente afectando a una proporción creciente de la población: a los que lo sufren, porque experimentan el trauma de ser robados o asaltados a veces repetidamente y con fuerza extrema; a los que viven en sectores estigmatizados como «refugios de delincuentes», porque los hace cómplices, tilda de encubridores y transforma en ciudadanos de segunda clase. En ambas situaciones el fenómeno determina un cambio de costumbres, de formas de relación y comunicación interpersonal y de modalidades de percepción y uso del espacio público que implica una nueva forma de segregación, de consecuencias notables. El cambio se advierte en todo tipo de espacio público, desde calles y paseos peatonales hasta plazas y parques.

Se trata de fenómenos que afectan a la convivencia social y alteran significativamente las conductas y percepciones respecto de lo urbano, generando reacciones y comportamientos que modifican crecientemente la vida ciudadana. Realidades como los cerramientos, enrejamientos, desarrollo de barrios privados, edificación de torres de departamentos de acceso vigilado, establecimiento de la seguridad privada, instalación de medios de control y defensa personal y patrimonial y el cambio de las costumbres que estas situaciones traen aparejadas, son preocupantes [Fig. 6].

Muchos observadores atribuyen el fenómeno a la creciente brecha económica existente entre los más pobres y más ricos, y algunos asignan significativa incidencia a la segregación espacial y social de las

principales ciudades, que determina que sean en verdad como muchas ciudades diversas y hasta contrapuestas. Si bien el fenómeno no se limita al caso chileno y seguramente se trata de procesos sociales complejísimo y globalizados, aquí en Chile pueden tener una connotación singular que consideramos interesante analizar para comprender otros casos.

Don Diego Portales y Palazuelos, organizador de la República y Ministro del Interior hacia 1837, escribió refiriéndose a la conducta social: «*en Chile el orden se mantiene por el peso de la noche*». Denotaba que en la estructura social existía una tendencia al desorden que sólo un corte tan definitivo como las tinieblas podía conjurar. El arquitecto chileno Jaime Garretón Risopatrón planteó en su estudio sobre el urbanismo de la Conquista y la Colonia⁷ que merced a los avatares del período Chile desarrolló un sistema de ciudades de carácter acentuadamente rural, con habitantes de hábitos e inclinaciones rurales, con tendencias disgregadoras que significaron una dificultad para el desarrollo republicano futuro. Se refería al retroceso del proceso fundacional español tras el desastre militar de Curalaba, 1598, cuando las fuerzas conquistadoras derrotadas por los naturales reaccionaron con una fuerte retracción del sistema de ciudades de conquista. Esta circunstancia reorientó la ocupación del territorio con un retroceso del sistema de centros poblados hacia el norte, una dispersión de la población en asentamientos rurales pequeños y el desarrollo de fuertes militares dotados sólo de guarnición.

La obra *Historia de la vida privada en Chile*⁸ plantea una visión sociológica de la evolución de la sociedad chilena señalando la coexistencia de tres modalidades culturales tremendamente diferentes: descendientes de grupos europeos, naturales de diversas culturas con organización ancestral y mestizaje. Esta última, con costumbres y actitudes que chocan con el estilo de vida urbano. Es, precisamente, el tema en el que nos interesa profundizar, porque permite otra interpretación de los fenómenos de violencia comentados, la segregación espacial y social, los efectos del modelo arquitectónico y urbano y el modelo económico en las grandes ciudades.

LA APARICIÓN DE UNA FRONTERA EN EL PROCESO DE CONQUISTA, COLONIA Y REPÚBLICA

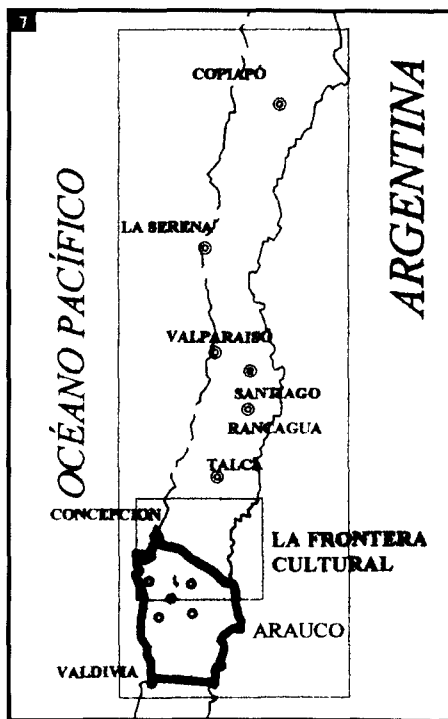
El modelo de conquista español siguió en Chile el patrón fundacional característico de América. Los conquistadores establecieron po-

blaciones permanentes, articuladas sistemáticamente, orientadas a explotar los recursos de las regiones y a extender la evangelización cristiana entre los indígenas. El sistema operó razonablemente bien en aquella parte del territorio dominado un par de siglos antes por la cultura incaica, seguramente porque las poblaciones autóctonas habían asimilado las ventajas de la organización y trabajo sistemático de la tierra. Pero el sistema encontró dificultades al sur del paralelo 37, en el territorio araucano, donde los incas se habían detenido. Entre 1540 y 1595, la penetración hispana facilitada por la viruela que había diez-mado a los indígenas logró establecer varias pequeñas ciudades.

Por circunstancias culturales, el modelo urbano y civilizador español no resultó atractivo para los araucanos, impidiendo que las ciudades ejercieran en Arauco su influencia transformadora. La población indígena era homogénea; bien distribuida respecto de los recursos y organizada para la autodefensa tenía un enorme poder de convocatoria. Con su población ya recuperada, los araucanos iniciaron hacia 1590 una serie de levantamientos que terminaron por obligar a los conquistadores a retroceder.

El desastre tuvo un signo mayor por el temor a que las incursiones indígenas avanzaran mucho más al norte de la frontera natural de Arauco, promoviéndose el abandono o despoblamiento de la zona indicada en el plano. Parte importante de esa población huyó hacia Santiago alterando seriamente la fórmula del modelo conquistador. La consecuencia final fue el establecimiento de una frontera geográfica, donde se estableció una línea de fuertes y guarniciones, pero en la que no hubo nuevas fundaciones ni se desarrollaron poblaciones importantes. Los fuertes y las escasas ciudades prevaletientes no conformaron redes territoriales significativas ni ejercieron controles normativos, por lo que la frontera se convirtió en una *tierra de nadie*, que tendió a desarrollar una población fundamentalmente mestiza que no se integró armónicamente ni con los españoles y criollos al norte ni con los araucanos al sur.

En síntesis: al norte del paralelo 35 dominó en el territorio conquistado una población de origen fundamentalmente europeo, con una cultura, religión y concepto del espacio netamente occidental; al sur del paralelo 37 dominó Arauco, con un estilo de vida, cultura, protocolos y visión cosmogónica propias; en medio, con una extensión



considerable, la «frontera», como se denominó, con población predominantemente mestiza, cultura híbrida y costumbres peculiares distintas de las otras dos. Leonardo León lo expresa muy claramente en su ensayo *Entre la alegría y la tragedia. Los intersticios del mundo mestizo en la Frontera*⁹ [Fig. 7]:

«Las formas predominantes de sociabilidad en la frontera mapuche del río Bío-Bío durante el período colonial fueron modalidades determinadas por los intereses y pasiones particulares de una población que procuraba resolver su existencia sin involucrar al Estado. En ese sentido

la plebe fronteriza se diferenció del populacho urbano, cuya vida cotidiana fue constantemente intervenida por la acción estatal. Nacida en fragor de la guerra de Arauco y criada en la mezcla de lo mapuche y lo hispano, la población asentada en la frontera eligió vivir de acuerdo a un *ethos* cultural que transcurría de modo autónomo a las normas y reglas que establecían ambas sociedades [...] Ni indio ni español [...] el mestizo no encontró en sus orígenes una posición que le permitiese incorporarse al orden social».

El punto que interesa destacar, dice León, es que el verdadero mundo bárbaro y salvaje no fue el araucano, sino el mestizo. Éste se situó entre dos órdenes sociales muy estructurados y normados —el hispano y el araucano— desarrollándose como una tercera cultura peculiar de una situación de frontera. Las fuentes documentales de la época señaladas por León describen descarnadamente al mestizo como un individuo «sin Dios ni Ley», camorrero y bebedor, trabajador errante y rebelde, macho engendrador irresponsable de su prole, siempre refugiándose en los intersticios no controlados del espacio y dando lugar,

ya a finales del siglo XVIII y hasta mediados del XIX, a montoneras, que incluso lucharon por uno y otro bando en las guerras de la independencia, y a bandas de forajidos que llegaron a asaltar ciudades y pusieron en jaque a las policías republicanas hasta ser controladas por el ejército. Desde entonces, a través de la emigración en busca del trabajo temporal en las labores agrícolas y mineras de las zonas central y norte del país, el modelo cultural de la población mestiza se extendió por los intersticios del territorio y de la sociedad formal, lejos de la antigua frontera, pero reproduciéndola en los ámbitos menos formalizados del sistema espacial, el sistema judicial y el orden social.

La situación de esa frontera comenzó a regularizarse al terminar el siglo XIX. En parte por el mayor control territorial y el esfuerzo educador del Estado; en parte con el reclutamiento para la Guerra del Pacífico entre 1879 y 1883 y el atractivo del trabajo en las salitreras desde 1870. Así, una parte significativa de la población fronteriza y su cultura fue definitivamente incorporada a la vida cívica y urbana. Esta tercera cultura explicaría una proporción significativa del crecimiento poblacional de la capital y principales ciudades chilenas a partir de los primeros años del siglo XX¹⁰.

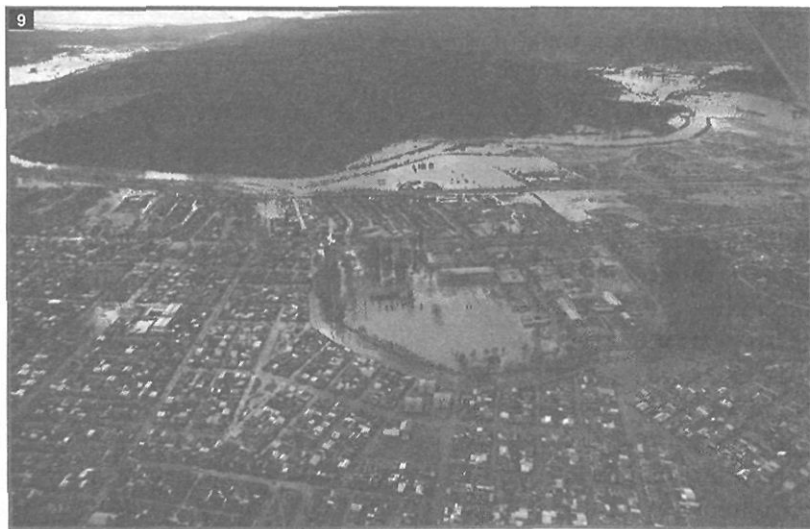
Las costumbres y nociones del habitante fronterizo, atemperadas por la educación y el control de Estado, prevalecieron en la cultura popular. Tal vez expliquen la informalidad de los trabajadores chilenos,



el alcoholismo, los índices de deserción escolar, la incidencia del delito y la cantidad de familias sin padre sostenedor en los sectores de menores ingresos. Asimismo, pueden explicar el efecto que tiene sobre la población urbana la reducción del control del Estado derivada de la recuperación de las libertades públicas con la democracia y la disfunción de las costumbres populares al enfrentar espacios urbanos diseñados bajo supuestos ciertamente ajenos. En la medida en que esos espacios y situaciones urbanas reproducen las situaciones de «frontera», reaparecen fantasmales las conductas y actitudes subsumidas por más de un siglo. Es una expresión diferente de una segregación espacial y social [Fig. 8].

La ciudad que desarrollamos hoy en Chile copia o reinterpreta las formas y espacios del mundo desarrollado. Diseñada por especialistas con ojos educados según esos parámetros adaptados, formaliza un modelo de espacio urbano que normalmente deja intersticios que facilitan la regeneración de las conductas ancestrales de frontera, sobre todo el control social tiene que ser autocontrol social.

El antejardín y los espaciamientos de los *bungalows* urbanos tipo ciudad jardín o los prados en parcelas de agrado de suburbios caros contradicen abiertamente la tendencia cultural a resguardarse de las situaciones de frontera con cerramientos, continuidades y límites, como lo hacía la ciudad en un pasado reciente. Los edificios de departamen-



tos, condominios o barrios cerrados de viviendas unifamiliares y los cierres *de facto* de calles y pasajes, reproducen esos límites con rejas, muros divisorios, pisos de control en las torres y vigilancia particular. Pero siempre quedan abiertos espacios en los que no operan formas de control social. Igual sucede con los equipamientos públicos y áreas predominantemente comerciales, que vaciadas de población nocturna abren fronteras amenazantes.

De otra parte, los suburbios y áreas populares extremadamente densas en edificación y/o población, carentes de condiciones ambientales y calidad de vida adecuadas, con mal diseño en los conjuntos regulares o inexistentes en los espontáneos, reproducen las condiciones peligrosas de la frontera descrita.

¿Qué soluciones demanda este problema fantasmal evocado? Sin duda una mejor educación cívica y diseño urbano. Sin embargo, parece urgente tomar conciencia previa del alcance sociológico profundo de esta frontera cultural [Fig. 9].

NOTAS

1. Las autopistas urbanas sirven principalmente a sectores de mayores ingresos.
2. Como lo plantea Jaime Garretón en *Una teoría cibernética de la ciudad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.
3. Encuestas CASEN
www.mideplan.cl/casen/index.html
4. Sabatini, Francisco. *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*, Serie Azul n.º 35, julio 2003, Pontificia Universidad Católica de Chile.
5. Hidalgo, Gonzalo, *et al.*, (eds.). *Transformaciones urbanas y procesos territoriales. Lecturas del nuevo dibujo de la ciudad latinoamericana*, Serie Geolibros, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005; Cáceres, Gonzalo y Sabatini, Francisco (eds.). *Barrios cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración residencial*, Lincoln Institute of Land Policy, 2004.
6. Las encuestas de percepción del delito varían si son oficiales (tasa de denuncias) o no (percepción del delito):
www.seguridadciudadana.gob.cl/estadísticas2006.html
y www.pazciudadana.cl/enc_delincuencia.php
7. Garretón, Jaime. *El urbanismo en Chile: Conquista y Colonia*, Universidad de Concepción, 1997.
8. Sagredo, Rafael y Gazmuri, Cristián (eds.), Taurus, Santiago, 2005.
9. *Ibíd.*, tomo 1, pág. 269.
10. Los ex combatientes recibieron escasos subsidios, así como los obreros expulsados de las salitreras en los años 20 al colapsar éstas ante el invento del salitre sintético y los efectos de la crisis mundial de 1929. Ambos grupos constituyen un elemento significativo en el crecimiento demográfico de Santiago, hacia donde concurrieron por la concentración del aparato político administrativo ante el que apelar.